**SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS**

**1 de enero de 2018**

La liturgia de este último día de la Octava de la Navidad centra nuestra mirada en la Virgen María, madre de Dios y madre nuestra. Ella, nos dice el evangelio que acabamos de proclamar, que “conservaba aquellas cosas que le decían sobre el Niño y las meditaba en su corazón”. La actitud de María nos invita a nosotros a conservar y meditar la Palabra de Dios para crecer espiritualmente. Conservar y meditar la Palabra de Dios significa hacerla vida de nuestra vida para que lo que leemos y entendemos sobre Dios se traduzca en deseos de confiar en él y amarlo sobre todas las cosas. Sería un buen propósito para este nuevo año meditar todos los días la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras.

Para conservar y meditar la Palabra de Dios en nuestro corazón en es necesario disponer nuestro cuerpo y nuestro espíritu para escuchar la voz de Dios que habla a nuestro corazón. Es necesario serenar nuestro espíritu olvidándonos de los asuntos y preocupaciones propias de cada día y adentrarnos en silencio en lo más íntimo de nuestro ser pidiendo al Espíritu Santo que abra nuestros oídos, nuestra mente y nuestro corazón para comprender y descubrir la voluntad de Dios.

Hoy se ha puesto de moda en la sociedad la meditación trascendental con métodos orientales que no cuentan con la ayuda de la gracia de Dios para cambiar la mente y el corazón. A quienes participan en estas sesiones les proporcionan una sensación de paz interior y de felicidad; pero no la salvación eterna que sólo puede dársenos por medio de la gracia de Dios derramada en su Hijo Jesucristo. La meditación de la Palabra de Dios es un diálogo con el Señor que nos habla y nosotros le hablamos desde nuestra circunstancia. Un diálogo que nos conforta y nos consuela en la tribulación otorgándonos no una sensación de paz sino la verdadera paz que brota del Corazón de Cristo resucitado. La meditación de la Palabra de Dios nos compromete a vivir según los planes de Dios.

En este día primero del Año 2018 la Iglesia nos convoca también a orar y trabajar por la paz. Jesús llamó bienaventurados a todos aquellos que trabajan por la paz y les prometió el Reino de los cielos. El Santo Padre nos ha entregado como todos los años un Mensaje para orientar nuestro trabajo en favor de la paz. Este año el Papa Francisco propone a “los migrantes y refugiados como hombres y mujeres que buscan la paz”. La situación que viven los migrantes, los refugiados y las víctimas de la trata de personas es para el Papa uno de los principales dramas de la humanidad en el momento actual. Todos ellos son víctimas de la violencia. Desde el primer momento de su Pontificado hasta el día de hoy no ha dejado de hablar a la humanidad con gestos y palabras sobre la precaria situación de millones de personas que tienen que salir de su país por razones de persecución, guerra, terrorismo, hambruna, catástrofes climáticas o en búsqueda de un futro mejor.

La mayoría de los migrantes y refugiados emigran por los cauces regulares establecidos por la comunidad internacional. Pero hay un número cada vez mayor de migrantes que lo hacen por cauces irregulares porque les apremia de tal forma su precaria situación que no tienen tiempo para esperar la lenta maquinaria de la administración. Estos son los que, desgraciadamente, caen en manos de las mafias de transporte y muchos pierden su vida en las aguas del Mediterráneo o en el desierto de Arizona. Este año han muerto por naufragio delante de nuestras costas casi un centenar de migrantes de los 3.000 que murieron en el mar Mediterráneo.

Las Naciones del mundo no pueden mirar para otro lado y desentenderse de este drama que padecen 250 millones de personas de los cuales 22 millones son refugiados. La solución para acabar con la migración está en apoyar el desarrollo de los países de origen y en el cese de la guerra y el terrorismo. Pero mientras esto no suceda es necesario que las Naciones Unidas se comprometan en la firma de unos protocolos que aseguren una migración segura y en paz en todas las partes de la tierra.

El Santo Padre utiliza siempre cuatro verbos para orientar la acción pastoral y política hacia los migrantes y refugiados. Son estos: acoger, proteger, promover e integrar. En torno a estos cuatro verbos la Santa Sede ha presentado en las Naciones Unidas una serie de medidas y propuestas legislativas para asegurar a los migrantes una migración sin riesgos para sus vidas, sus familias y sus derechos fundamentales.

El asunto de las migraciones es un asunto complejo que no se puede abordar desde el sentimentalismo y la improvisación porque eso supone desconocer las consecuencias que tiene para un país, un municipio o una familia acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes y refugiados. Podemos tener buena voluntad y un corazón generoso; pero no medir nuestras fuerzas para asumir el compromiso. Por eso es muy importante la organización de la política migratoria sobre unas leyes y protocolos que respeten los derechos fundamentales de inmigrantes y refugiados y al mismo tiempo se les reconozca la gran aportación cultural y económica con la que los inmigrantes contribuyen al desarrollo y el mantenimiento del bienestar de los países que los acogen.

El fenómeno de las migraciones no podemos considerarlo como algo lejano que no nos concierne. Está a la puerta de nuestras casas. Entre nosotros se han establecido inmigrantes. Ayudémosles a integrarse en nuestra sociedad sin avasallamiento ni imposición sino compartiendo los bienes culturales de ambas partes. La integración es un camino bidireccional de mutuo entendimiento. No es fácil hacerlo; pero es un trabajo que traerá frutos de paz y de buena convivencia social en el presente y en el futuro. Pero tengamos en cuenta que si no lo hacemos podemos encontrarnos a la vuelta de la esquina con situaciones conflictivas y de violencia. Por tanto, todos podemos trabajar por la paz presente y futura acercándonos y compartiendo con nuestros vecinos inmigrantes la vida, viendo en ellos la situación de la Sagrada Familia que tuvo que exiliarse en Egipto. Recordemos las palabras de San Juan Pablo II: “Si son muchos los que comparten el sueño de un mundo en paz , y si se valora la aportación de los migrantes y los refugiados, la humanidad pude transformarse cada vez más en familia de todos y nuestra tierra verdaderamente en “casa común.

† Juan Antonio, obispo de Astorga